

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

SANTA PASTORAL VISITA.

S. E. Ilma., se ha trasladado desde la mansion de Toral de los Vados á la de Corullon, en cuyo punto continúa sin novedad.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

S. E. I., el Obispo mi Señor, ha celebrado órdenes generales menores y mayores en los dias 25 y 26 de Mayo último, en la Iglesia parroquial de San Cristobal de Toral de los Vados, hallándose en Santa Visita en el arceprestazgo del Vierzo, habiendo sido promovidos

A la Prima Grados y Subdiaconado:

- D. Francisco Mayo, natural de Santa Marina de Rey,
 Francisco Martinez Megia, de Cunas,
 José Gonzalez Florez, de Santibañez de la Lomba,
 José Martinez Vidal, de Villaverde de la Abadia,
 Indalecio Fernandez, de Vegarienza (Oviedo),
 Isidoro Vivas, de Villamañan (Leon),
 Mauricio Lobato, de Regueras de Arriba,
 Santiago Vicente Fiz, de Villanazar,
 Santiago Vizcaya, de Bujan.

Al Diaconado:

- D. Cipriano del Teso, natural de Villafáfila,
 Joaquin Garnelo, de Villamartin del Bierzo,

- D. José Ferrero, de Cervantes de Sanabria,
 José Francisco de Lera Cidon, de Matilla de Arzon (vicaria de Benavente)
 José Leon Alvarez, de San Pedro de Seoane del Cambral (Oviedo),
 Juan Salvadores Roldan, de Castrillo de los Polvazares,
 Lorenzo Vazquez, del Pacio de Mendoya,
 Luis de Barrio, de Castro de Sanabria,
 Manuel Forcelledo, de San Pedro de Beloncio (Oviedo),
 Pedro Roderá, de Lucillo de Somoza,
 Pedro Gonzalez, de Villayuste (Oviedo),
 Tirso Martinez Mella, de Lillo,
 Isidoro Marcos, de Santa Maria de Cereigido.

Al Presbiterado:

- D. Angel Barrio, de Vilela de Valdeorras,
 Antonio Furones, de Navianos de Valverde,
 Buenaventura Garcia, de Valderrey,
 Gregorio Alvarez Gonzalez, de Villaverde,
 José Alvarez Aguado, de San Lorenzo del Bierzo,
 Manuel de Barrio, de Santiago de la Requejada,
 Marcelo Macias, de Santa Marta de Astorga,
 Marcelo Romero, de Santovenia del Conde,
 Miguel Quijada, de Castrogonzalo,
 Severo Miranda, de Valderaduey (Zamora),
 Vicente Peral, de Cóngosta de Ayóo.

CON DIMISORIAS.

A la Prima Clerical Tonsura:

- D. Francisco Santin y Farelo, de Villafranca del Bierzo.

A Órdenes menores:

- D. Genaro Cid, de Villanueva de Allarid, (encomienda de Quiroga)

Al Diaconado:

- D. José Cobelas, de Santa Maria de Cartelle, en la misma encomienda de Quiroga.

Al Presbiterado:

- D. Antonio Natal Gallego, del Hospital de Orbigo (encomienda del Puente de Orbigo.)

D. Manuel Sarmiento, de Villivañe, en idem.

José Vaamonde de Febreiro, de Santa Maria del Puente (Castrelo, (encomienda de Quiroga).

Astorga 5 de Junio de 1866. —Francisco Rubio.

El dia 16 de Mayo próximo pasado, vacó el beneficio curado de Rabanal del Camino, por fallecimiento de D. Antonio Granja, su último poseedor. Está clasificado de entrada y es de patronato laical.

El dia 17 del mismo vacó el de Llamas de la Ribera, por fallecimiento de D. Matias Nuñez, su último poseedor. Está clasificado de segundo ascenso y es de patronato laical.

DISCURSO

del Excmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza.

Conclusion (1).

Pero diráse que han progresado las luces, que apareció la filosofía trascendental, que una nueva y mas ilustrada crítica mina y socava sin cesar el edificio... sí, pero el edificio levantado por esas sectas que se decian aun cristianas despues de haberse separado de la Iglesia, á las cuales ha obligado á aparecer en toda su desnudez, sin creencias, sin moral, víctimas del mas vergonzoso escepticismo: el edificio proyectado por esos pretendidos filósofos, políticos y legisladores, que llevados de la vanidad de sus pensamientos, y teniendo á menos apoyarse en las doctrinas de los libros santos, quisieron fundar una ciencia sin Dios gobernar el mundo sin Dios, tener costumbre sin Dios, y se ven obligados á confiar solo en la fuerza, á reducirlo todo á la fuerza, para evitar que la sociedad se hunda y desaparezca. Semejantes edificios han sido verdaderamente minados, y se desploman.

Entre tanto la Iglesia católica sigue su marcha majestuosa y firme; sin abandonar un solo principio, sin aprobar un solo crimen, intimando las leyes de la justicia eterna á los grandes y á los pequeños, á los principes y á los súbditos; y segura de la posesion de la verdad, unida y compacta, si tiene el desconsuelo de ver la apostasía de algunos hijos, y aun quizá la prevaricacion de algunos estados; ensancha en cambio sus dominios por otros, llevando el reino de Dios á innumerables pueblos que estaban aun sentados en sombras de muerte.

(1) Véanse nuestros numeros anteriores

Hombres de poca fé! no temais por la suerte de la Iglesia; sino por vosotros mismos: no os asusten las embestidas de nuevas olas, que se estrellarán, como todas las anteriores contra la roca eterna. *Jesucristo es de ayer y de hoy, y de todos los siglos, Jesucristo vive y reina en su Iglesia*, y la acometen en vano, para hundirse y desaparecer unos en pos de otros todos sus enemigos. *No hay poder contra el Omnipotente*. Pero temed por vosotros mismos. Temed por vosotros y por vuestros hijos, si leéis y les dejais leer libros y periódicos saturados de doctrinas impías, cuya malicia no son capaces de comprender, y cuya inmoralidad halla por desgracia apoyo en el orgullo y en las malas pasiones que nos agitan. Temed, y temamos todos, si no nos adherimos firmemente á la piedra sobre que Jesucristo edificó, que es San Pedro y sus sucesores los Romanos Pontífices. Temed y temamos si por acomodarnos á un siglo novelero y vanidoso, nos dejamos llevar, como la caña, de todo viento, y sobre todo, si nuestras costumbres pugnan contra nuestra fé y dominados de la soberbia, y pervertido nuestro corazón nos hacemos indignos de pertenecer á esa Iglesia santa, á ese reino nobilísimo de Jesus; ó por lo menos de que se afirme en nosotros por la gracia y la caridad, para dar frutos de vida eterna.

Sin embargo de que hemos publicado ya en este periódico importantes artículos relativos á los gravísimos males que ocasiona el lujo, creemos que nuestros lectores verán con gusto el siguiente, tomado de la Verdad Católica.

El lujo desenfrenado de las Mujeres (1).

Llueven folletos. Hay alud, inundacion, diluvio de folletos... «¿Y sobre qué cuestion?» se nos preguntará. «¿Acaso sobre el empréstito mejicano, la alianza de las repúblicas americanas, la actitud del Ministerio español? ¿La cuestion de Oriente promueve nuevas borrascas? ¿Se derramará tinta en favor de la infortunada Polonia, que mas bien necesitaria que por ella se derramase sangre? En, fin ¿cuál es el gran problema que en este momento atrae toda la atencion de París, y junto con la de París la del mundo entero?»

Ese problema nada tiene de político, y sin embargo nos interesa en sumo grado: *Nostra res agitur*.

Trátase de saber, en efecto, si las mujeres son realmente culpables, señaladamente de algunos años á esta parte, por entregarse, con gran perjuicio de la bolsa conyugal ó paterna, pero sobre todo con gran detrimento de las buenas costumbres, á todos los excesos de un lujo insensato, de un

(1) *Opinion del señor procurador general Dupin, senador, sobre el lujo desenfrenado de las mujeres. París, 1865 (en francés).*

lujo que amenaza invadirlo todo, corromperlo todo, acabar con todo en medio de nosotros.

Trátase de saber si decididamente el consumo del terciopelo y la seda, de los diamantes y demás piedras finas, de la cachemira y los encajes está en verdadera armonía con la hacienda de los padres y maridos, y sobre todo con los grandes y austeros deberes cuyo cumplimiento ha confiado Dios á la mujer.

Trátase de saber si es un espectáculo bueno, útil, saludable, el que cada día se nos ofrece en nuestras calles, en nuestros campos y hasta á orillas del mar: el espectáculo de esas mujeres disfrazadas mas bien que vestidas, regocijándose con barrer el suelo con la escandalosa longitud de un terciopelo que cuesta á treinta francos el metro, pavoneándose cargadas de cabellos postizos y de diamantes verdaderos, cambiando de traje cinco veces al día y orgullosas con ello: si son duquesas, tratando de igualarse á las reinas; si de la clase media, esforzándose por eclipsar á las duquesas, y si menos que de la clase media, afanándose por hacer morir de envidia y de despecho á reinas, duquesas, señoras de la clase media, y al mundo femenino todo entero.

Hé ahí lo que se trata de averiguar, y digo que ese problema tiene un singular interés. Lo repito: *Res nostra agitur*.

Comprendemos, pues, que tantos folletistas hayan salido á la palestra. Un malicioso anciano habia por otra parte puesto el cascabel al gato: ¿quién no conoce en el día el discurso de Mr. Dupin? Mas ese cascabel se ha trocado en campana que toca á rebato.

Hemos recorrido esos folletos, y ¿lo dirémos? su lectura nos ha entristecido de un modo particular. Ni uno solo ha establecido, á nuestro ver, la cuestion en su verdadero terreno, ni uno solo es profundamente católico. Los hay voltairianos, los hay ateos, los hay escritos con honradas intenciones. En algunos abunda el chiste; otros pretenden tenerlo. Generalmente todos se han limitado á tratar el problema económico: «Nuestras mujeres nos cuestan decididamente demasiado caro,» han dicho los folletistas. «Nuestros maridos soa unos avaros,» han contestado las folletistas. El mejor de todos esos pequeños opúsculos, firmado: *Marquesa de Saint-Cerant*, concluye en estos términos: «A demasiada dicha tendrémos, señores, vivir «todas para vosotros, cuando estemos seguras de que vivís siquiera un poco «para nosotras.» Eso está bien dicho, exactamente razonado, pero es poco cristiano. Este incidente, al cual ha dado cierta importancia el nombre de Mr. Dupin, nos prueba una vez mas que vivimos en pleno naturalismo, puesto que una cuestion de moral ha podido ser tratada por veinte, por cincuenta inteligencias, sin que una sola vez se haya pronunciado el nombre de JESUCRISTO!

Y sin embargo, no lo ignoramos, esas mujeres cuyo lujo desenfrenado se ataca hoy con tanta virulencia, esas mismas mujeres son á menudo cristianas. Al menos, se las ve en la iglesia. Y aun son sinceras. Mas han llegado por una pendiente insensible, y desgraciadamente demasiado rápida á conciliar muy bien en su mal alumbrada inteligencia los trajes que cuestan algunos millares de francos con la *Imitacion de Cristo*, el terciopelo con el *Via Crucis*, la seda y los brillantes con la *Vida de los Padres del desierto*.

¡Pobres mujeres cuya fe nada tiene de profundo, cuya esperanza nada tiene de sólido, cuya caridad nada tiene de ardiente! Recuerdo haber visto, hace algunos años, en París, en casa de un confitero de moda, cierta caja riquísima con la cual compararia gustoso nuestras cristianas de los cinco vestidos diarios. Dicha caja estaba llena de confites esquisitos y muy caros, y sobre su tapa se habia puesto, por via de adorno... ¿á qué no acertais qué?... Habíase puesto, delicadamente esculpidos en madera dorada, los instrumentos de la pasion de Nuestro Señor; sí, los clavos, la corona de espinas, la esponja, la lanza, la cruz en fin! Yo ví todo eso, yo lo ví. Símbolo de esas cristianas que aman la cruz, siempre que sea de palo de rosa, la corona de espinas, si es de seda; los clavos de la pasion, si son de terciopelo.

¡Ay! siempre ha habido de esas cristianas. Escuchad, sino, el retrato que de ellas hace un gran escritor cuya fecha y nombre me reservo revelaros despues: «Hay mujeres perpétuamente ocupadas en rizarse el pelo, en ungirse las mejillas, en pintarse los ojos, en teñirse el cabello, y en procurarse así por medio de un arte culpable, una segunda molicie. Aderezan verdaderamente su carne como adereza un cocinero una salsa. Pasan el día entero en esa ocupacion; y no salen hasta la noche. Pero llegada esta, aquella falsa belleza sale en fin de su antro y se muestra: *Tamquam ex antro ad lucernam properit hæc adulterina pulchritudo*. Pues nada es mas favorable que una semiclaridad para esos aderezos, para esas incrustaciones de su piel. Por otra parte, abandonan todo el cuidado de su casa, toda la administracion de sus familias. Pintadas como un cuadro, no son buenas sino para ser vistas.» ¿Quién habla así? ¿Acaso un moralista de 1865? No, Clemente de Alejandría, que vivia en el siglo II, y murió en 217, 4. Estas fuertes palabras valen sin duda mas que todos los *concetti* del Señor Dupin.

Viendo en el día lo que veia Clemente de Alejandría, hemos de condenar lo que él condenaba.

Y no obstante, no escribiremos un largo tratado; en una cuestion de trajes, importa no ser acusado de pedantismo. Dirémos tan solo que el mejor

1 Léase sobre la cuestion que nos ocupa todo el tercer libro de su *Pedagogo*. Nada tiene mas actualidad.

remedio contra el lujo desenfrenado de las mujeres no está en la cabeza de Mr. Dupin, ni la indignacion demasiado interesada ó en la represion demasiado viva de los padres ó maridos, ni tampoco en los sistemas de todos los escritores ó escritoras de folletos. El remedio es infinitamente mas sencillo. Consiste no solo en recitar, sino en cumplir estas pocas palabras que una cristiana pronuncia generalmente dos veces al dia: «Dios mio, yo os amo de todo corazon y al prójimo como á mí misma por amor vuestro.» Estas pocas sílabas, bien meditadas, bien comprendidas, bien practicadas harán, de aquí á poco tiempo, disminuir notablemente el consumo del terciopelo, de la seda, de la cachemira, de los volantes de encajes, de los collares de brillantes y de todas esas inutilidades que llenan de temor al economista, y escandalizan al cristiano.

Amar á dios es imitarlo, y mas diré: para una cristiana, es imitar á Dios primero y luego á la Madre de Dios. Ahora bien, todos los cristianos saben que la santísima Virgen se estaba en casa, modesta, oculta, desconocida de todos, excepto del corazon de su Hijo y de san José. Saben en una palabra que vivió en una nobilísima y bellísima sencillez. No necesito ya mostrar al Hijo despues de la Madre, ni haceros ver el Calvario despues de Nazaret; no soportaríais quizá tan gran espectáculo. Tratad solamente de comprender el título de un libro que de seguro está en vuestra biblioteca, y que á menudo veo en vuestras manos en la iglesia, deliciosamente encuadernado, por otra parte, y adornado con broches riquísimos, la *Imitacion* de CRISTO.

Amar al prójimo es hacerle bien. Ahora bien, vuestro traje escandaloso no le hacen sino mal. Y desde luego á su alma. Un escritor respetable, conocido por algunos libros encantadores é inofensivos, se ha equivocado singularmente con este motivo. Ha publicado algunas páginas con este título: *Elogio del lujo desenfrenado de las mujeres*; sienta en él que el mal no proviene de los malos ejemplos dados por los grandes, sino de la envidia de las clases inferiores, que quieren salirse de su condicion. ¡Cándida confession! En efecto, de esa envidia nos quejamos, y esa envidia es sobre todo provocada por vuestros trajes escandalosos. ¿Habeis considerado jamás en las calles de París á el semblante asombrado, luego atormentado y despues envidioso de la jóven que desembarca de su provincia, inocente, cándida llena de buena voluntad? Con una mirada en que el atontamiento no tarda en ceder el puesto á la curiosidad, y la curiosidad al deseo, contempla esas inmensas circunferencias de seda de brillantes colores, esas gorras descarradas, inventadas para dejar ver todo el pelo que se tiene, y sobre todo el que no se tiene, esas telas brillantes y costosas llevadas por mujerzuelas de

1 Es menester tener entendido que el autor del presente artículo escribe en la capital de Francia—(N. de la R.).

la clase media sin fortuna y sin expresion en el rostro, esas joyas verdaderas ó falsas, pero todas llenas de pretensiones y deslumbradoras, ese porte sobre todo, ese porte del todo vulgar, por no decir algo mas. Hé ahí lo que puede ver una pobre provincial cada dia y á cada hora del dia. ¿Y creéis que semejante vista no producirá ningun efecto en la flaqueza de esa alma? Querrá á su vez ser bella; querrá á su vez tener grandes vestidos cargados de tela; no querrá que las demás tengan el monopolio de las falsas trenzas, ni de los falsos colores, ni de las falsas cejas: arrojará léjos de sí su campesino tocado, y aspirará á poseer el *sombrero imperio*; se detendrá, en fin, con la boca abierta, ávida, delante de los almacenes de joyerias, y...

Y se venderá para comprar vuestro lujo.

En verdad, vuestros vestidos, vuestras joyas y disfraces han perdido ya á millares de almas. Y no hablo de los jóvenes á quienes vuestros ricos adornos han trastornado el juicio, á quienes han perdido quizá, de los pensamientos de adulterio que han hecho nacer, de las malas seducciones que han ejercido. El terciopelo y la seda privan de muchos habitantes al cielo.

(Se continuará.)

Un diario católico de Bolonia, el *Patriota Católico*, da cuenta de un suceso terrible de la justicia divina.

«Era el Viérnes Santo, dice: dos empresarios del ferro-carril de las Calabrias, habiendo ido á Lazzaro, pequeño pueblo cerca de Reggio, pidieron á un fondista que les preparase comida de carne. El fondista les contestó que era dia de vigilia y que en las carnicerías no se encontraría lo que pedian. Los empresarios empezaron á blasfemar y exigieron que se les preparasen unas cuantas aves. Cuando llegó la hora de comer, y se sentaron á la mesa, empezaron á beber á la salud del diablo, y prorumpieron en imprecaciones horribles. Para colmo del insulto tomaron un crucifijo, le pusieron debajo de la mesa y arrojándole los restos de la comida, le digeron diferentes veces: toma, come, perro!

Mas Dios quiso repentinamente vengar su magestad y hacer brillar su poder. Uno de los miserables, sorprendido por un cólico muy fuerte, cayó de su asiento y murió en el acto. El otro, espantado, fué acometido de un ataque de epilepsia, que le privó de la razon por algun tiempo, y ha quedado reducido á un estado lastimoso. Este acontecimiento causó la impresion mas profunda entre los habitantes de aquel pueblo, los cuales han visto visiblemente la justicia de Dios, tan ultrajado y tratado tan indignamente. Los compañeros, y los obreros de los empresarios, comprendieron tambien que el Dios de las misericordias es tambien el Dios de las venganzas.»